



**ERES
MI
CIELO**

YAMILA BIANQUERI

Eres mi cielo

Yamila Bianqueri

Título: Eres mi cielo

© 2019, Yamila Bianqueri

Corrección: Emma Sheridan

Todos los derechos reservados. No ésta permitida la reproducción total, ni parcial de este libros; ni la recopilación en un sistema informático; ni en otro sistema mecánico, fotocopias (u otros medios) sin la autorización previa del propietario de los derechos de autor.

*Para vos viejita. Gracias por cuidarme desde el cielo.
Te amare por siempre, hasta la eternidad.*

Ainara cerró la puerta de su departamento de un talonazo. Dejó la maleta a medio camino. Tiró la cartera sobre el sofá y se encaminó hacia su habitación. El departamento olía a encierro, pero eso no le impidió dejarse caer sobre el colchón. Tampoco le importó que la cama estuviera sin hacer. Estaba cansada, muerta de calor y agotada psicológicamente. Le había costado tanto obtener sus títulos, uno de Técnico Superior en Prótesis Dental, mejor conocido como mecánico dental, y otro de Dentista especializado en Ortodoncia, y ahora eso no parecía bastar. Necesitaba una inyección de adrenalina, sus amigas no estaban con ella. Saiana se había instalado en Ushuaia, y Morena tenía la cabeza en cualquier parte; por lo tanto, se le hacía casi imposible conseguir cómplices para eso. Ese último pensamiento la empujó directo a aquella fiesta de fin de año, más exactamente hacia él. Hacia ese muchacho que tanto la había hecho sonrojar con sus comentarios con segundas intenciones.

<<No podés ser más boluda>>, se reprendió interiormente.

Joaquín había logrado que ella se pusiera más nerviosa de lo normal. Que deseara ser como una de sus amigas: mandada, confiada, delgada, más alta. Pero nada de eso era posible. Por más que lo anhelara con todas sus fuerzas, ella era petiza, más exactamente de un metro cincuenta de altura, rellenita, demasiado para su gusto, y pálida, muy pálida, como siempre le dijeron, y ella, tan tonta, se lo creyó. Se veía a sí misma como un tapón de sidra. Nada más lejos de la realidad. Ainara era una mujer con curvas, con rollitos firmes. Una dama de esas que menean las caderas al caminar de forma espontánea, sensual. Con un par de faroles negros como la noche oscura en el medio de un bosque, una cabellera rubia natural que caía sobre su espalda como una cascada de río manso y un color de piel que la hacía parecer transparente, inalcanzable para quien se detuviera a observarla y eso fue lo que vio Joaquín esa noche en ella. Quedó anonadado, prácticamente mudo al divisarla, algo absurdo para ese rufián que se lo pasaba halagando a cuanta mujer se le cruzaba por el camino. La notó tan discreta, vergonzosa, frágil, que hasta le dio miedo acercarse, pero después de ver cómo sus amigas la dejaban sola y que se disponía a marcharse, escapó de su trance y, decidido, salió a su encuentro. Se interpuso en su andar logrando que ella colisionara en su mundo y absorbiera todo con esa mirada atormentada. La convenció para que lo

acompañara a tomar una copa. La hizo reír. Solo obtuvo su nombre, no pudo sonsacarle nada más y en una distracción la perdió de vista. Ainara se esfumó y por más que la buscó, no pudo ubicarla.

Sus vidas siguieron su rumbo.

Ainara volvió a trabajar, regresó a su monótona rutina, sintiéndose cada vez más sola. Viendo cómo su existencia pasaba sin sentido. Preguntándose porqué el amor le rehuía. Guardando solo para ella las esperanzas de cruzarse con ese chico simpático y cara rota de ojos celestes como el cielo despejado en un día de primavera.

Joaquín se concentró en sus labores de maestro mayor de obras en la empresa que su padre dirigía desde que él tenía uso de razón. Volvió de ese viaje con las energías renovadas, pero seguía sin poder sacarse de la cabeza a esa mujer que había sacudido su corazón. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre con su hija, esa niña era la fortaleza de su alma. Su todo.

Una tarde, de esas muy calurosas y húmedas en Capital Federal, Joaquín retiró a Sofía de la colonia más temprano de lo habitual. Tomados de la mano, charlando muy animadamente caminaron hacia el consultorio del dentista. No era la primera vez que iban, pero sí era la iniciación de la niña con el ortodontista que se encargaría de corregir su dentadura. Llegaron a horario y esperaron pacientes hasta que el nombre de la pequeña apareció en la pantalla. Sofía se mostraba un poco reticente al momento de ingresar, la verdad era que estaba muy asustada. Sus amiguitas le habían dicho que le dolería todo lo que iban a hacerle y por eso no quería entrar.

—Papito, mejor vamos a casa. No quiero entrar —dijo la niña aferrada con fuerza a la mano de su padre. Joaquín la observó con ternura. Derritiéndose de amor por ella.

—Mi vida, no va a pasar nada malo. El doctor solo va a mirarte la boca,

como mucho va a sacar unas fotos de tus dientes. Te prometo que no va a doler —contestó luego de ponerse en cuclillas para estar a su altura. Sabía lo miedosa que era su hija. Le tenía pavor a los médicos. Sofía miró con atención al hombre que consideraba su héroe y asintió con su pequeña cabecita. Él se puso de pie, la tomó por debajo de las axilas y le hizo upa, consiguiendo, con esto, que la niña se tranquilizara un poco.

El doctor era todo un amor de persona. Primero, envió a la niña al sector de radiografías en donde le tomaron las placas de su dentadura. Luego de eso, una vez que volvieron con las imágenes en mano, trató a la pequeña con mucha delicadeza, y antes de liberar a Sofía tomó un guante de su caja, lo infló, le dibujó un par de ojos, una boca y se lo entregó. No sin antes felicitarla porque en esa boquita no había ni una sola carie. Ella, muy desenvuelta, luego de descubrir que su papi tenía razón, lo abrazó antes de darle las gracias. Se enfrascó de lleno en la *tablet* que había sacado de su mochila, sin soltar el improvisado globo, y dejó que los grandes hablaran con calma.

El ortodoncista le explicó a Joaquín que la mala mordida de Sofía se debía a una condición conocida como paladar ojival o estrecho, y que para corregir eso la niña debía comenzar a usar aparatos removibles. Le comunicó que lamentablemente él no podría hacerse cargo del tratamiento de la niña porque debía salir del país y no sabía cuándo regresaría. Joaquín no estuvo muy feliz con esa noticia y ante eso el doctor Montero le dijo que se tranquilizara, asegurándole que ya tenía un reemplazo para todos sus pacientes. Le pidió que se dirigiera hacia la recepción, que ahí le explicarían los costos, la forma de pago y todo lo relacionado mientras él se comunicaba con la persona que desde ahora en más se ocuparía de la dentadura de su hija.

Ainara se encontraba sentada en su consultorio tomando un café mientras revisaba las historias clínicas de los que a partir de ese día serían sus pacientes. Por suerte, nada de otro mundo, todos trabajos simples, ningún reto hasta el momento. Eso la bajoneó un poco. Estaba tan aburrida. La vibración de su teléfono celular en el bolsillo de su ambo la sacó del pozo donde, poco a poco, se iba sumergiendo sin siquiera quererlo. Al ver que quien la llamaba era su padre, atendió con gusto.

—Pero si es el hombre más lindo del mundo el que me llama —saludó

sonriendo sinceramente.

—Pero si es la joven más hermosa de este planeta la que me atiende — contestó siguiéndole el juego a su hija. Esa era la forma que siempre empleaban cuando hablaban por teléfono.

—Te amo, pa. ¿Qué paso? Todavía estoy en la clínica —reveló recostándose sobre el respaldar estampado con estrellas, de su silla.

—Estoy con la última paciente de la lista, todavía no viste su historia clínica porque la tengo yo. ¿Quieres conocerla? En este momento su padre está arreglando los papeles para que empieces con el tratamiento.

—¿Cuántos años tiene? —consultó con curiosidad.

—Se llama Sofía y tiene siete años —ante la declaración de su padre, Ainara se puso de pie y le comunicó que ya estaba yendo. Sería mucho mejor que rompieran el hielo ahora y no cuando tuviera el próximo turno.

Subió las escaleras con parsimonia. Esos kilitos que ella consideraba de más le pasaban factura, pero eso no le impedía seguir disfrutando de los chocolates que tanto amaba comer. Al llegar a la puerta del cuarto donde estaba su padre, se preparó y abrió sin golpear asomando primero la cabeza. Miró a Alberto y le guiñó un ojo.

—Doctor, ¿por casualidad está acá dentro la niña más bonita de esta clínica? —entonó transformando su voz completamente. Al escuchar esas palabras, Sofía despegó los ojos del aparato y miró hacia la abertura. Allí se encontró con Ainara, que en ese momento llevaba unas antenitas con forma de moño y luces, más una graciosa nariz de payaso. La rubia ingresó cerrando la puerta detrás de ella, y giró para que Sofía pudiera verla y así entrar en confianza. Ainara ese día llevaba puesto uno de los uniformes más graciosos que tenía; no dejaba de ser un ambo pero estaba confeccionado con una tela estampada con chupetines, caramelos y muchos tipos de golosinas. Ella misma se los hacía porque nunca daba con diseños que fueran de su agrado. La pequeña reía con ganas mientras la veía hacer monerías hasta que no aguantó más y se bajó del sillón. Ainara se agachó a su altura y se disponía a hablar,

cuando, de repente, alguien abrió la puerta logrando que se desestabilizara y cayera hacia delante. Apoyó las manos por puro instinto, menos mal que sus reflejos eran buenísimos, sino habría terminado con la boca o la nariz lastimada.

Joaquín al darse cuenta de lo que había hecho se apresuró a disculparse y cuando iba a ayudar a esa mujer a levantarse ya era tarde, Ainara se había puesto de pie y le daba la espalda. Alberto tenía unas ganas terribles de reírse, su hija estaba roja como un tomate. Sabía muy bien que su lucecita podía ser muy desenvuelta, graciosa y cariñosa con los niños, pero si se trataba de un hombre, era todo lo contrario. La rubia sabía que tenía que girarse y saludar al padre de la niña, pero no podía, lo que había ocurrido la tenía muy avergonzada. Respiró hondo unas cuantas veces y se dio la vuelta llevándose la sorpresa de su vida.

<<No puede ser, es él>>, se dijo internamente con los nervios a flor de piel.

Joaquín no podía creer lo que sus ojos estaban presenciando. Esa era aquella mujer. Tenía que ser ella. No había nadie que igualara esa belleza tan nata y mucho menos que se sonrojara con tanta facilidad. Volvía a quedarse mudo. Las palabras estaban atoradas en su garganta. Abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua.

<<Dios. Parezco un pelotudo>>, se reprendió por dentro.

—Señor Núñez. Ella es Ainara Montero y desde hoy será la persona que tomará todos mis pacientes, incluido el tratamiento de su hija —manifestó Alberto tomando el rol de intermediario entre esos dos que se miraban sin emitir sonido alguno.

—Papito, ¿ella será mi dentista? —Le consultó Sofía a Joaquín. Él solo asintió con la cabeza sin despegar la mirada de la dueña de ese recuerdo que lo perseguía en todo momento. La niña comenzó a pegar saltitos y con determinación se acercó hasta Ainara. En ese mismísimo instante ella salió del trance en el que estaba después de pestañear con pereza y se agachó para estar a la altura de la niña. Logrando, con esa simple acción, que Joaquín tragara

saliva con fuerza.

—¿Viste qué hermosa y divertida es? Cuando sea grande quiero ser como ella —afirmó la pequeña consiguiendo que el corazón de Ainara bailara dentro de su pecho colmado de ternura.

Sabía que debía ponerse de pie y darle la mano a Joaquín, no había forma de evitarlo. Esas eran formalidades que no podía obviar. Acercó su rostro al de esa pequeña de cabellos castaños, ojos celestes como el cielo y sonrisa encantadora, y depositó un beso en la mejilla regordeta de Sofía. Se puso de pie, juntó todo el valor que tenía dentro y dio los pasos que los separaban.

—Mucho gusto, señor Núñez. Lamento no tener más tiempo, en la próxima consulta podremos profundizar más sobre el tratamiento de su hija. Ahora tengo que irme. Papá, después nos vemos —entonó a medida que abandonaba la sala en un simple arrebató de nervios. Comenzó a caminar apresurada para resguardarse en la comodidad de su consultorio. Bajó las escaleras de dos en dos. Giró a la derecha y entró a su espacio. Suspiró con alivio al encontrarse en la soledad de ese cuarto que tanto quería, disfrutó del silencio. Lo que más amaba de ese lugar era que estaba en el subsuelo de la clínica, alejado de todo. Ahí respiraba paz. Se sentía resguardada de todo y todos. Ahí podía ser invisible.

Estaba tan compenetrada en busca de recuperar la compostura, que no se dio cuenta de que alguien la había seguido, hasta que el sonido de la puerta cerrándose la alertó. Se dio la vuelta asustada y al verlo ahí parado acaparando su espacio, cerró los ojos creyendo que al abrirlos descubriría que solo había sido una visión, que desaparecería..., pero no fue así. Él seguía dentro y ya no estaba junto a la puerta sino que se encontraba a centímetros de su cuerpo. Robándose su aire. Perforándola con la mirada.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Te vas a escapar de nuevo? —Indagó Joaquín con determinación. Quería sujetarla con fuerza. Besarla hasta que se acabara el mundo. Sacarla de su zona de confort. Deseaba escucharla hablar con soltura y confianza. La cabeza le iba a explotar. Esa mujer lograba nublarle todos los sentidos.

—Yo... Yo —tartamudeó ella mirándolo a los ojos. Perdiéndose en la infinitud del cielo que veía. Realmente quería que las palabras salieran de su boca, pero no, ahí se quedaban atascadas. Estaba muy nerviosa, asustada. La montaña rusa que tenía dentro del cuerpo la atolondraba.

Joaquín no pudo contenerse ni un segundo más y sin darle tiempo a pensar, deslizó una de sus manos desde la punta de los dedos hasta la nuca de Ainara dejándola detenida ahí, tomándola con precisión y calma. Movi6 su rostro, lo acercó hasta que ambos absorbían el aire que el otro exhalaba.

—Voy a besarte, rubia —confesó un segundo antes de estampar sus labios contra los de ella. Las rodillas de Ainara amenazaron con dejarla caer solo con el primer roce de su carnosa boca. Percibió el desinhibido toque de sus dedos surcando la piel expuesta de sus costados y eso le dio la confianza necesaria para que se animara a tocarlo. Con sutileza depositó las manos sobre los hombros de él, y recién ahí se sintió un poco más segura. Ambos se dejaron arrastrar por el terremoto de sensaciones que los abrazaban: deleite, anhelo, deseo, amor y más, mucho más... De pronto, sus cuerpos estaban absolutamente sincronizados, danzando al compás de un ritmo que solo ellos podían imitar, siguiendo la música que les recorría las venas, que impulsaba sus corazones, que les llevaba oxígeno a los pulmones.

Ainara estaba montada en una nube, flotando en el paraíso, su paraíso. No podía creer que ese hombre la estuviera devorando con tanta ternura, que su toque fuera casi tímido y demandante en partes iguales. Estaba excitada, vertiginosa. La calma los acogió con suavidad. Lentamente, Joaquín fue bajando la intensidad hasta que se detuvo y apoyó su frente sobre la de ella. Ambos suspiraron y con una sincronización increíble sonrieron. Ainara se hizo de todo su autocontrol y abrió los ojos para encontrarlo mirándola con fijeza.

—Eres mi cielo —murmuró perdida en la inmensidad de esos faroles que la admiraban con tanta intensidad.

—Rubia, creí que nunca iba a volver a verte. No vuelvas a desaparecer, por favor —exigió, deliberadamente lento y sensual. Palpó por todo el costado de su cuerpo hasta que ubicó el bolsillo y sacó el celular de ella. Deslizó el dedo por la pantalla, bajo la atenta mirada desconcertada de Ainara, y marcó

su propio número haciendo con esto que no volvieran a estar perdidos.

—Joaquín —entonó bajito—, no deberías estar acá. Tenés que irte. Esto fue un error, por favor, volvé por donde llegaste y no regreses —suplicó deshaciéndose de su agarre y dándole la espalda al hombre que no entendía nada, que segundos antes le había dado una satisfacción impensada. De repente, los miedos la asaltaron. La magnitud de lo sucedido era inmanejable para Ainara y todas sus inseguridades. Estaba completamente desbordada y la cercanía de él no la dejaba pensar con claridad.

—Me voy a ir, pero no porque vos me estás echando, sino porque mi hija me está esperando con tu padre. No vas a deshacerte de mí tan fácil, rubia. Vas a ser parte de mi día a día cueste lo que me cueste. Te lo juro por lo que más quiero en esta vida —manifestó con determinación mientras se adelantaba un paso para absorber el aroma que desprendía su cabello. Depositó un beso en su coronilla y se retiró dejándola sola, tal como le había pedido.

Al llegar la noche, en el silencio de su departamento se puso a sospesar la situación vivida. Se recriminó, frente a la espejo, su forma de actuar.

—¿Sos idiota, Ainara? —le preguntó a su reflejo—. Ese hombre te demostró en tan solo unos minutos lo que podés sentir entre sus brazos. Te inspiró confianza. Su mirada despertó a las mariposas que dormían en tu interior. Es simpático. Parece buena persona y tiene una hija. Algo que vos jamás a vas poder tener —se decía en voz alta. Intentado que su mente no la traicionara. Que esa verdad no la lastimara. Que sus temores no la absorbieran.

En un arranque de valentía tomó el teléfono, abrió el WhatsApp, y le escribió un mensaje pidiéndole que fuera a su casa, explicándole que necesitaba hablar con él. Le adjuntó la dirección y se sentó en el piso de su habitación a esperar una respuesta. Contestación positiva que no tardó en llegar.

—Ay, Ainara. Mejor prepárate para lo que está por venir —le entonó a su reflejo.

El sonido del portero eléctrico la hizo saltar del sillón donde se encontraba sentada. Los nervios la tenían mal, la castigaban terriblemente. Caminó hacia la cocina. Levantó el auricular y lo vio por la cámara. Tan sereno. Tan lindo con ese cabello casi al ras del cráneo, color de piel latte, esa boca de labios carnosos, y esos luceros que le fulminaban la razón. Apretó el botón y con su voz temblorosa entonó un escueto: “sube”. Respiró hondo unas cuantas veces y se dirigió hacia la puerta de entrada. La cual abrió antes de que fuera golpeada dejando a Joaquín con la mano en el aire. Le regaló una tímida sonrisa, se hizo a un lado y con una seña lo invitó a entrar. No podía emitir sonido, estaba totalmente muda.

Joaquín no quería presionarla, por eso trataba de comprenderla, de leerla y eso no le era nada fácil. No sabía cómo actuar. No estaba acostumbrado a tratar con féminas tan retraídas. En el ambiente donde él se movía las señoritas eran desenvueltas, mandadas, hasta caras rota, pero con Ainara debía ir despacio. Intuía que la mujer que se había adueñado de todos sus sueños la había pasado mal, sin embargo, eso no iba a repetirse, él estaba ahí para hacerla feliz hasta el fin de sus días.

—Rubia, ya estoy acá. Es hora de que hables, porque las vueltas no me gustan. Soy bastante ansioso —reveló antes de sentarse.

—Joaquín, por favor, teneme paciencia. Como ya te habrás dado cuenta soy muy especial. Con las únicas personas que no me cuesta entablar una charla es con mis amigas, mi papá y con mis pacientes, con los demás me es muy difícil —admitió tomando asiento al otro lado de la mesita ratona que tenía en el medio del living.

—Ainara, no muerdo. No voy a comerte. Vine dispuesto a escucharte y

pretendo que cuando sea mi turno vos hagas lo mismo. Tengo toda la noche — declaró, poniéndose cómodo.

—Tenés un par de ojos, me ves. No soy el prototipo estipulado de mujer. Soy gorda, petiza, retraída. Estoy llena de defectos. Sinceramente, no sé qué me viste o qué te llamó la atención de mí. Aparte de eso, cargo con un problema que la mayoría de los hombres repudiarían —desembuchó de un tirón. La compuerta se había abierto. Era ahora o nunca.

—¿Sabés qué vi en vos la primera vez que te divisé? Belleza natural. Me deslumbraste. Me dejaste mudo. No sabía de dónde sacar valor para acercarme y hablarte. Tenía miedo de asustarte, de que te escurrieras de mis manos como arena seca. Tu andar sensual me dejó frito. Cuando levantaste la mirada y descubrí ese par de faroles negros como una noche cerrada, se me cortó la respiración. Me hipnotizaste. Tu timidez me atrajo como un imán. No sos gorda, sos perfecta. Te siento ideal para mí y eso es lo único que me importa. Y si tenés defectos lo voy a ir descubriendo con el pasar del tiempo, de todas formas no me interesa eso, porque te acepto con el paquete entero — manifestó sin bajar la mirada. Demostrándole no solo con palabras lo enserio que iba.

—Tengo miedo de entregarte mi corazón y que termine fragmentado como una copa de cristal estrellada contra el cemento. Nunca tuve una relación de pareja, Joaquín. No sé cómo se hace. Si estás dispuesto a aceptarme vas a tener que enseñarme todo, y cuando digo todo me refiero a la totalidad de la definición de esa palabra. Soy absolutamente inexperta tanto en sentimientos como en la intimidad. Temo que se te acabe la paciencia y me destroces — confesó con veracidad estudiando sus facciones.

—No tengo prisa, rubia. Tenemos todo el tiempo del mundo, más exactamente hasta que le digamos adiós a esta vida. Cuando te besé supe que esto sería eterno, sin límites. Tengo que saber si vos estás dispuesta a tomarme con todo lo que tengo auestas. Soy un simple trabajador. No tengo lujos materiales para ofrecerte. Soy un padre soltero que se desvive por su estrellita. Un hombre que camina con honestidad. Portador de un gran corazón. También tengo defectos que voy a ir mostrando con el pasar de los días. No soy perfecto, Ainara —expresó acercándose hacia ella. Al llegar a su lado se

agachó para estar a su altura. Apoyó sus dedos en las rodillas de la mujer y ella tembló de gozo. Su toque le producía demasiadas sensaciones que no sabía manejar.

—Cuando escuches lo que estoy a punto de soltar vas a salir corriendo de mi lado —desembuchó a la par que colocaba las palmas de sus manos en las mejillas del hombre—. Mejor ahora que mañana —testificó más para sí misma que para él.

—No hay nada que puedas hacer o decir que me aliente a irme de tu lado —interrumpió mirándola con fuerza.

—Shhhh —le dijo con los ojos llenos de lágrimas—, soy estéril, Joaquín. Soy un fracaso de persona. Quedarte a mi lado implicaría jamás volver a tener hijos propios. ¿Estás seguro que podés contra eso? ¿Qué vas poder convivir con una mujer que está seca? —inquirió llorando en silencio. El corazón le latía más acelerado que nunca. La sangre burbujeaba dentro de sus venas como jamás lo había hecho. Estaba expuesta. Sin secretos. Perdida para siempre en el que consideraba su cielo. Si él se levantaba y se iba sin siquiera despedirse, lo entendería, lo comprendería, porque era lo que ella haría. No podía pretender que alguien la aceptara cuando ella no lo hacía. Se odiaba tan profundamente. Su alma estaba desgarrada. Lo único que siempre había deseado y que nunca tendría era el gozo de sentir cómo se formaba una vida en sus entrañas.

—Rubia, engendrar un hijo no es la única manera de ser madre. Podés ser una para Sofía, lo necesita. La persona que la trajo a este mundo se borró, la abandonó sin mirar atrás y mi pequeña siempre me reclama una figura materna. Ayer, cuando salimos de la clínica me dijo que le encantaría tener una madre que sea como vos. Mi niña es tan inteligente. Estoy seguro que se imagina lo que vine hablar con vos. No tiene ni un pelo de tonta —le contó, observándola con infinita ternura. El pecho le iba a explotar de orgullo. No entendía cómo los sentimientos por esa joven podían aflorar tan febrilmente en un plazo tan corto de tiempo.

—No te entiendo. Te juro que no te comprendo. Creí que saldrías pitando de este departamento y de mi vida cuando lo supieras. Habría puesto las

manos en el fuego por eso —le dijo desconcertada—. ¿Dónde estuviste metido todos estos años? —preguntó apoyando su frente contra la de él.

—Estuve esperándote, rubia. Estaba resguardando mi corazón para que vos te adueñaras de las llaves y lo protegieras por siempre —confesó antes de besarla con devoción.

Cada segundo, minuto, hora, día, semana, mes y año fue maravilloso. Ainara aprendió a aceptarse tal cual era y gracias a eso pudo ser feliz.

—La felicidad pasa por uno mismo, lo demás es un complemento —le dijo su terapeuta en una de sus tantas sesiones y eso le quedó grabado como un tatuaje.

Sofía encontró en su madre, como ella la consideraba y llamaba, todo lo que siempre había anhelado; una cómplice, una amiga, una figura que le inspiraba siempre positivismo y que la alentaba a soñar con garra.

Joaquín descubrió en cada amanecer que su rubia era una mujer fascinante, emprendedora, confiable, auténtica, transparente y miles de adjetivos más. Él creía que no alcanzaban todos lo que estaban en el diccionario para describirla.

Ainara al fin supo lo que era sonreír por amor. Joaquín y Sofía la completaban. Eran las otras partes de su rompecabezas. Se volvieron su todo. Ellos eran su cielo y ella jamás se cansó de hacerles saber sus sentimientos.

Se casaron. Se amaron en cuerpo y alma. Discutieron y se reconciliaron una infinidad de veces. Afrontaron tomados de la mano los golpes de la vida. Se entendieron. Se escucharon y se comunicaron de todas las formas posibles. Se expresaban no solo con palabras sino que también lo hicieron con sus miradas. Formaron una familia. Lograron que reír fuera fácil.

Fin